

conservar resentimiento, pero ni hablar en la materia con el mayor amigo tuyo. Nútrese mucho el amor propio con esta especie de confianzas; se le mortifica muy sensiblemente cuando se calla.

SAN CECILIO, OBISPO DE GRANADA Y MÁRTIR.

Entre los eruditos que han tratado las cosas antiguas de España, no se ha podido decidir todavía si los siete varones apostólicos que predicaron el Evangelio en nuestra península, fueron de los discípulos que suponen dejó Santiago en ella, ó acaso aquellos mismos siete que se llevó consigo á Jerusalem para que fuesen testigos de su triunfo. Si es verdad que el santo apóstol dejó en Zaragoza una iglesia dedicada á la madre de Dios, la piedad, la razon y la buena crítica exigen que se establezca como cosa razonable el que dejase cuidando de ella algunos de sus discípulos. Y si es verdad igualmente que quiso dar el encargo de traer su cuerpo adonde habia sembrado su espíritu á aquellos discípulos que se dice volvieron con él á Jerusalem, tambien parece razonable que estos mismos siguiesen la obra comenzada por su maestro.

Como quiera que sea, aquellos historiadores que no tienen empeño particular en negarnos ciertas glorias de que ningun perjuicio se causa ni á los fieles ni á la Iglesia, desde luego se convienen en que los siete santos obispos que despues de Santiago, y con mucha mas probabilidad despues de san Pablo, predicaron en España la religion de Jesucristo, fueron discípulos de nuestro santo patrono. En su escuela aprendieron lo que su maestro habia aprendido de la misma sabiduria por esencia, y su ejemplo fué sin



S. CECILIO, O.

duda el estímulo mas poderoso que fomentó su predicacion en las diversas y penosas expediciones del sagrado ministerio.

Uno de estos varones apostólicos fué el glorioso san Cecilio, obispo de Iliberis, hoy Granada. Ignórase su patria, su ascendencia y los empleos en que gastó los primeros años de su vida, sin que hayan podido hasta ahora la curiosidad piadosa de los eruditos y la fatiga laboriosa de los anticuarios, descubrir cosa que merezca la aprobacion y fe de los que miran sin pasion ni preocupacion los hechos que se dicen en la historia. Hay quien se incline á creer que fué español, y uno de los primeros en quien la gracia de Jesucristo, juntamente con la predicacion de Santiago, hizo uno de aquellos milagros de conversion que habia profetizado Isaías; pero de los instrumentos auténticos que el tiempo, el descuido y las crudas invasiones han perdonado á nuestra iglesia, no se deduce claramente la especie insinuada, aunque tampoco hay fundamento mas que el silencio que apoya lo contrario. El Oficio muzárabe, el Leccionario complutense y la vida que de los siete apostólicos escribió fray Rodrigo Cerratense por los años del Señor de 1260 son, además del Códice emilianense que se guarda en la real biblioteca del Escorial, los únicos monumentos que pueden servir á la historia de nuestro santo.

Segun ellos, san Cecilio, siendo ya de edad provecta, fué ordenado obispo por san Pedro, á la sazón que este santo apóstol se hallaba en Roma en compañía de san Pablo. No ignoraban estos dos principes de la Iglesia, recién fundada por Jesucristo, que entre todas las naciones del mundo apenas habia una mas proporcionada para recibir y conservar la santa ley que el Hijo mismo de Dios habia firmado y sellado con su preciosa sangre, que la España. San Pablo habia manifestado diferentes veces unos encendidos deseos de

venir en persona á sembrar el Evangelio en nuestra peninsula, como consta de sus epistolas; y el glorioso doctor san Jerónimo da por cierta su venida, que apoyan infinitos sabios con razones y monumentos del mayor peso y autoridad. San Pedro, á lo menos, como cabeza del nuevo rebaño, debía procurar su extension y adelantamientos por todos los medios imaginables. Pero estando escrito que la fe entra por el oido, y que este no puede oir los misterios cuando falta quien evangelice, es muy claro que los santos apóstoles no podian buscar otros medios de sembrar la divina palabra, que la mision y la predicacion evangélica.

En efecto, por los años del Señor de 63 ó 64, al tiempo que Neron perseguia sangrientamente el nombre de Jesucristo, hallándose juntos en Roma san Pedro y san Pablo, ordenaron á los siete apóstólicos, y los enviaron á España. Los nombres de los otros seis compañeros de san Cecilio son, segun el orden del Oficio muzárabe, san Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio y Esicio. Llenos todos del fuego que el divino Espiritu habia encendido en sus almas, se pusieron en camino para desempeñar el ministerio que se les habia confiado. Cuando la caridad verdadera es el estímulo del obrar, nada hay que pueda detener ni retardar sus progresos. Al punto se entregan á las inconstantes olas del Mediterráneo, bien confiados en que el cielo dirigiria su rumbo, y daria á su viaje aquel término que fuese mas oportuno para la grande obra que meditaban. No se puede atribuir á otra cosa el desprecio que al parecer hicieron los santos de la provincia tarraconense, la mas floreciente entonces entre todas cuantas poseian los Romanos en España. Publicada la persecucion de Neron, fué una celestial prudencia retirarse de aquellas grandes ciudades en donde la ambicion y la crueldad de los pretores habian de quitar á los pueblos de España

siete obispos, y en ellos casi todo el vigor, robustez y propagacion de la siembra que Santiago y san Pablo habian dejado principiada.

Dios, que era el timonero que regia la nave, quiso que tomasen tierra en un puerto cercano á la ciudad de Guadix, que seria ó el de *Urci*, ó el llamado *Puerto magno*, que viene á ser muy cerca del sitio que tiene hoy Almería. Apenas llegaron los santos á tierra, cuando sus corazones comenzaron á rebosar aquel gozo sencillo que suele causar la consecucion de los deseos, ó el cumplimiento de las mas vivas esperanzas. Luego se les presentan delante de los ojos unos campos inmensos, que debian correr y recorrer evangelizando el bien universal que con su vida y muerte habia merecido para todos el Crucificado. Pero al mismo tiempo, vieron igualmente una inmensa multitud de dificultades que deberia vencer su constancia, y una muchedumbre de peligros que habia de superar su fortaleza. Habian llegado al teatro de su caridad, de su fe, de su celo, y adonde habian de poner en ejecucion los últimos encargos que les haria su maestro Santiago, en orden á la conquista de aquella region predilecta que él habia comenzado á ganar para Jesucristo; pero adonde quiera que los santos volviesen los ojos, no podian encontrar con otra cosa que con estorbos, impedimentos y montañas inaccesibles de las mas trabajosas dificultades.

Estaba España sumergida en la idolatria. El haber enriquecido la naturaleza su suelo con tantas preciosidades, habia llamado la atencion y codicia de las mas remotas gentes. Todos habian traído juntamente con su ambicion y con sus armas sus respectivas supersticiones é idolatrias. Los Fenicios primeramente, y despues los Romanos trajeron consigo cuantos ídolos pudo inventar una loca fantasia en todos los paises que sujetaron sus armas victoriosas. Aquella ridicula

multitud de deidades, de que se burlaba un gentil satírico con tanta gracia, recibia los inciensos y adoraciones de los Españoles, ciegos todavía con la supersticion y con el error. Pero san Cecilio, juntamente con sus esforzados compañeros, estan ya resueltos á desterrar enteramente la religion de ceguedad y de finieblas, y plantar la de luz y de verdad, que era la religion de Jesucristo. Cualquiera tardanza parece que era enojosa á sus encendidos deseos; pues apenas tomaron tierra, cuando sin mas detencion ni apercebimiento, echaron á andar, deseosos de encontrar pueblos donde comenzar á poner en planta el santo ministerio de que venian encargados.

Trece leguas y media habian caminado, cuando se les presentó ya muy cercana la ciudad de Guadix, en la cual pensaron desde luego dar principio á su predicacion; pero como se sentian cansados del camino, pensaron detenerse algun tanto para tomar aliento, y reparar la debilidad de la pasada fatiga. Con este pensamiento, mandaron á algunos de sus discípulos que pasasen á la ciudad, distante poco mas de un cuarto de legua, y que comprasen los alimentos que habian de comer. Era dia en que celebraban los gentiles fiesta á Júpiter y Mercurio, segun el Cerratense; y segun el Leccionario grande y los breviarios antiguos de Toledo y Burgos, no solo á Júpiter y Mercurio, sino tambien á la diosa Juno. Luego que los paganos advirtieron el traje desusado de los forasteros, conocieron que podrian intentar alguna cosa contra sus dioses. El fuego de la supersticion se apoderó de sus corazones, y los irritó la cólera de manera, que tardaron bien poco en manifestarlo con señas nada equívocas. No se sabe si los santos discípulos, armados de celo por la honra del Dios verdadero, intentarían acaso retraerlos de sus ritos, predicando contra las estatuas que ellos adoraban como deidades. Tal vez los sacer-

dotes inmundos, noticiosos de las expediciones que muy poco antes habian hecho Santiago y san Pablo, atizarian al populacho para que persiguiese á los santos, de quienes podian presumir igual empresa.

Pero Dios, que todo lo gobierna y dirige con sabiduría admirable, permitió este primer golpe de persecucion para hacer alarde del poder de su diestra, y mostrar con una maravilla portentosa la divina mision que en aquellos apóstoles suyos resplandecía. Todo el pueblo gentil corre con impetu hácia los santos discípulos, deseando cada uno ser el primero que pudiese ofrecer la sangre de aquellos extranjeros en las aras de sus dioses, á quienes pretenderian agrandar por este medio. Los santos echaron á huir, y se volvian hácia el sitio en donde habian dejado á los santos obispos. Habia en el intermedio un puente magnífico, de fortaleza tan asombrosa, que todos los instrumentos antiguos convienen en darle los epítetos mas significativos de una grandeza maravillosa, y de una construccion y solidez capaces de burlarse de la voracidad de los siglos. Nada era al parecer menos fácil que la ruina de aquel puente; ¿pero qué cosa podrá haber difícil para aquel delante de cuyo rostro los montes mismos se derriten y liquidan como si fuesen formados de cera? ¿ni qué puede haber en el mundo que tenga suficiente solidez y fortaleza para resistir á los designios y poder del Criador del mismo mundo?

Los santos fugitivos se internaron en el puente y llegaron á salir de él con felicidad; los paganos tumultuados seguian la misma ruta, y estaban á su parecer muy cercanos de poner en ejecucion sus sanguinarios deseos; pero Dios, á cuyo cargo está autorizar los principios de la predicacion evangélica con milagros y portentos; Dios, que aseguró á sus apóstoles de que cuando fuese conveniente no nece-

sitarían mas para trasladar un monte que mandarle con imperio desamparar el ancho asiento que ocupaba; este mismo Dios quiso en esta ocasion manifestar por sí mismo la grandeza de su poder y la vanidad y falsía de los dioses de los gentiles. Cuando todo el puente estaba lleno de los ciegos perseguidores, cuando estos se miraban ya cercanos de derramar la sangre inocente, cuando nada aparecia que pudiese hacer evitable la muerte de los santos discipulos, y consiguientemente la de los siete obispos sus maestros, he aquí que repentinamente se conmueven los robustos pilares que sostenían aquella gran mole, y desenlazándose las ataduras de los fuertes arcos, todo el puente se convierte en escombros y ruinas, envolviendo al mismo tiempo y precipitando en lo profundo del rio á los miserables paganos, que recibieron de este modo el castigo de su temeridad y de su delito.

Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas habia casa en donde no resonasen los llantos y sollozos por la muerte del padre, del hijo ó del deudo. Un saludable temor se apoderó de los corazones de todos, que conocieron desde luego una virtud superior á toda la naturaleza, obrando en favor de aquellos forasteros. La rabia, el furor y la persecucion se convirtieron en mansedumbre, en dulzura y en hospitalidad, deseando cada uno de los Guaditanos ser el primero que tuviese en su casa y regalase á los que miraban favorecidos del cielo. Tanta fuerza tienen sobre el corazon humano los hechos milagrosos y admirables, y tal es la recomendacion con que recibieron nuestros primeros padres la santa é inmaculada religion que profesamos.

Entre todos los moradores de Guadix se señaló en piedad una noble matrona, por nombre Luparia, á la que algunos monumentos dan el título de Senatriz. Movida del milagro que habian visto sus ojos, y mas

poderosamente de la gracia divina que interiormente la ilustraba, determinó enviar á llamar á aquellos venerables varones, y hospedarlos en su casa. Envióles mensajeros que les hiciesen de su parte el convite, y los santos le aceptaron con mucho gusto. Cuando Luparia los vió en su casa, llena de gozo y satisfaccion, comenzó á preguntarles de qué regiones habian venido allí, y lo demás que era anejo á la diversidad de su traje, que denotaba diferencia de religion. Los santos, que no habian apetecido cosa con mayor ahinco que una ocasion tan feliz para dar cuenta de su mision y comenzar á sembrar el Evangelio, respondieron que ellos eran cristianos, á quienes los apóstoles habian mandado que viniesen á predicar el reino de Dios y el Evangelio. A esta respuesta añadieron muchas palabras de doctrina celestial y divina, concluyendo su discurso enseñando que todo aquel que creyese en Jesucristo hijo de Dios no moriria con muerte eterna, sino que antes bien viviria la misma feliz vida con que viven los ángeles.

Como Luparia oia con ánimo sincero la doctrina del Evangelio, se dignó Dios mover su corazon é ilustrar su entendimiento para asentir á los misterios de fe que se la proponian; y como uno y el mas necesario oyó que era el bautismo, pidió á los santos obispos que la bautizasen. Estos, aunque alegres del primer fruto de la predicacion, y seguros de la verdad y sencillez con que Luparia pedia el bautismo, no juzgaron conveniente dársele por entonces hasta que estuviese mas instruida en la religion que habia de profesar, y que se dispusiese lugar oportuno para la celebracion de sus augustos misterios. Con estas miras, mandaron á la nueva discípula que dispusiese el modo de edificar un bautisterio, que en algunos monumentos se llama tambien iglesia y basilica, en donde recibiese las aguas saludables. La piadosa matrona recibió el

precepto con tal docilidad, y le puso en ejecucion con tanta eficacia, que muy en breve se edificó un templo á gusto y placer de los santos, y se colocó en él la fuente bautismal, en donde Luparia, llena de devocion y de espiritual alegría, recibió la regeneracion por medio del bautismo.

El ejemplo de aquellos á quien Dios ha distinguido en el mundo, ó por el nacimiento, ó por la dignidad, ó por las riquezas, tiene un influjo en el resto del pueblo que parece contagio en la velocidad con que se propaga. El bautizarse Luparia, que era noble, senatriz y poderosa, parece que fué un convite público que se hizo á todos para ser cristianos, y que todos aceptaron movidos del milagro, del ejemplo y de la voz interior con que llama el Espíritu divino al gremio de la Iglesia. Ya Gaudix se habia convertido de colonia de Romanos, en colonia de la religion de Jesucristo. Todos aquellos que habian proyectado, y acaso promovido, la persecucion de los santos, los amaban y respetaban como á sus padres, sus pastores y sus maestros. Al paso que habian dedicado nuevas aras al verdadero Dios, y aceptado nuevos ritos y sacrificio verdadero de infinito valor, habian destruido y arruinado no solamente las estatuas de los falsos dioses, sino tambien sus aras inmundas y sus profanos templos; y, segun el Leccionario complutense, sobre las ruinas de un templo levantaron otro, en donde consagraron un altar al glorioso precursor de Jesucristo, san Juan Bautista. Unos principios tan felices, juntamente con la predicacion é infatigable celo de los santos, hicieron de Guadix una ciudad enteramente cristiana, en donde sobraban ya tantos obreros.

Pensaron pues los santos repartirse por otras ciudades para que todas fuesen participantes del bien que Acci, ó Guadix, habia disfrutado, y ellos pudiesen ejer-

citar el ministerio de su mision. En la reparticion que se hizo, le cupo á nuestro san Cecilio la ciudad de Iliberis ó Granada; y desde este momento cesan casi todas las noticias de los primeros padres de nuestra fe. Se debe suponer que, constituido san Cecilio en su iglesia, llenaria todos los cargos de un perfecto obispo, despues de cumplir con la predicacion de un apóstol verdadero. El Oficio muzárabe dice que cuando iban los santos á sus respectivos destinos, lo iban abrasando todo con el fuego de caridad y de doctrina que salia de sus corazones. Este fuego no es de creer que se limitase á aquellas pocas ciudades en que fundaron sillas episcopales, sino que se derivaria dulcemente á todas las poblaciones de sus contornos, ayudando no poco para este efecto venturoso la ilustracion y paz de que gozaba por lo comun la Bética, por ser provincia exenta de la jurisdiccion imperial, y sujeta inmediatamente al senado.

Su celo, su caridad, su predicacion y sus trabajos recibieron finalmente de Dios el galardón merecido; pues segun insinúan los instrumentos mencionados, el Señor les concedió tanta gracia, que llegaron á derramar su sangre por la fe que predicaban, y recibir la corona del martirio; aunque no se sabe positivamente con qué género de muerte alcanzaron la victoria. Lo cierto es que en el Leccionario complutense se asegura que cuantos llegaban á sus sepulcros con verdadera devocion, otros tantos experimentaban los felices efectos de su intercesion poderosa. Esto conviene que cuando se formó aquel Leccionario eran sus sepulcros conocidos, como lo eran tambien los ciegos, mudos, sordos y necesitados que orando en ellos logran vista, habla, oído y todo género de remedio de la divina misericordia. Era tambien conocida una oliva que plantaron los siete santos obispos á la puerta de la iglesia de Guadix, la cual florecia y fructificaba

milagrosamente todos los años en el día de su fiesta, que era el primero de mayo. Los fieles recogían con piedad aquel fruto milagroso; y el cielo, por la intercesión de los santos, se veía que premiaba con mil beneficios aquel fervor piadoso con que miraban los fieles cuanto pertenecía ó tocaba de alguna manera á sus padres, á sus apóstoles y sus maestros. Con la entrada de los Moros en España cesó aquel milagro, y aun se cree que pereciese también aquella preciosa oliva; no es mucho que pereciese, cuando esta región perdió su libertad, y se vió devorada de todos los desastres y calamidades que trae consigo la guerra; pero en ella y en la paz jamás han dejado san Cecilio y sus compañeros de ser nuestros benéficos protectores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Ignacio, mártir, que fué el tercer obispo de Antioquía despues de san Pedro. Habiendo sido condenado á las bestias en la persecucion de Trajano, fué por órden de este príncipe cargado de cadenas y llevado á Roma, en donde á presencia del senado, despues de horribles suplicios, fué expuesto á los leones, en cuyos dientes molido se hizo pan de Jesucristo.

En Esmirna, san Pionio, presbítero y mártir, el cual, habiendo compuesto muchas apologías por la fe cristiana, habitó largo tiempo en una prision infecta, con un gran número de hermanos á quienes alentó á sufrir constantemente el martirio; despues de crueles tormentos, fué taladrado con clavos y puesto sobre una hoguera ardiendo, donde halló una santa y feliz muerte con otros quince cristianos.

En Ravena, san Severo, obispo, que fué elevado á esta dignidad á causa de sus grandes méritos, habiéndose reposado una paloma sobre él.

En Tres Castillos en Francia, san Pablo, obispo,

célebre durante su vida por el esplendor de sus virtudes, y cuya preciosa muerte atestiguan sus milagros.

El mismo día, san Efren, diácono de la iglesia de Edesa, el cual, despues de haber emprendido muchos trabajos para mantener la fe cristiana, esclarecido por su santidad como por su doctrina, fué á gozar el reposo del Señor en tiempo del emperador Valente.

En Irlanda, santa Brigida, virgen, que, para prueba de su virginidad habiendo tocado á un leño del altar, lo hizo reverdecer de repente.

En Castel Florentin, en Toscana, la bienaventurada Veridiana, virgen, reclusa, de la órden de Vallumbrosa.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos per beatum
Cæcilium martyrem tuum, at-
que pontificem ad agnitionem
tui nominis venire tribuisti;
concede propitius, ut per quem
superni muneris rudimenta sus-
cipimus, per eum subsidia per-
petuæ salutis impetremus:
Per Dominum nostrum Jesum
Christum Filium tuum, qui
tecum vivit et regnat...

O Dios, que nos concediste
venir al conocimiento de tu
adorable nombre por medio de
la predicacion de tu bienaven-
turado mártir y obispo Cecilio,
haced piadoso que logremos las
gracias necesarias para conse-
guir la salud eterna, por medio
de aquel mismo por quien nos
dispensaste los rudimentos pri-
meros de la fe: Por el mismo
Señor nuestro...

*La epistola es del capítulo 1 de la epistola canónica
del apóstol Santiago.*

Beatus vir qui suffert ten-
tationem: quoniam cum pro-
batus fuerit, accipiet coronam
vitæ, quam repromisit Deus
diligentibus se. Nemo, cum
tentatur, dicat, quoniam à Deo
tentatur. Deus enim intenter

Carísimos: Bienaventurado
el varon que sufre la tentacion:
porque cuando fuere exami-
nado, recibirá la corona de vida
que prometió Dios á aquellos
que le aman. Ninguno cuando
es tentado diga que es tentado

malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus, et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum verò cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues siendo consumado engendra la muerte. No queráis pues errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de yerdad, para que seamos algún principio de su criatura.

REFLEXIONES.

No queráis errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de arriba, bajando de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Uno de los dones ó gracias mas señaladas que Dios nos ha hecho es el habernos llamado á su grey, haciéndonos conocer su santo y adorable nombre, y eligiéndonos por ovejas de su rebaño. Però nosotros los Españoles debemos reconocer que la misericordia de Dios se manifestó muy particularmente con nosotros, cuando no contento con que sus apóstoles santos nos predicasen el Evangelio, destinó otros varones apostólicos que ahuyentasen las tinieblas del error, y perfeccionasen lo que sus discípulos habian comenzado. Apenas habian oido las demás naciones el nombre de Jesucristo;

apenas habian llegado á sus oidos los portentos de su nacimiento prodigioso, de su vida santísima, y de su sacratísima pasion y muerte, cuando ya en esta region afortunada tenia adoradores que, sometiendo el cuello al yugo de la fe, creian sus misterios, y lo testificaban con las obras. Se puede decir que aun humeaba la preciosa sangre vertida por aquel cordero que quitó los pecados del mundo, cuando nosotros experimentáramos los beneficios de tan admirable redencion.

El habernos criado de la nada, el habernos dado esta naturaleza racional que tenemos, es gracia y don de Dios en cuanto no podíamos tenerlo merecido; pero es una gracia que sin la fe de nada nos aprovecharia para la vida eterna. Seríamos como éramos: paganos, ciegos, idólatras, esclavos de los sentidos, del mundo y de su concupiscencia, si los varones apostólicos destinados por el Padre de las misericordias no nos hubiesen sacado del abismo de nuestra ceguedad, y no nos hubiesen hecho participantes de aquella luz que descende del Padre de las luces, de quien nos viene todo don perfecto. Y ¿de dónde podríamos pretender los Españoles un derecho para que quedándose tantos pueblos, tantas naciones á oscuras, fuésemos nosotros elegidos á oír el Evangelio, cuando comenzaban sus ecos á resonar en el mundo? Pues ahora bien, *si ningun hombre sino el ingrato, como dice san Agustin (1), duda que haya recibido de Dios la naturaleza;* ¿qué ingratitud no será el no acordarse siquiera de haber recibido una gracia tan magnífica y excelente como la gracia de la fe!

Esta gracia est superior á todas las gracias, es un compendio de todos los beneficios y misericordias del Señor; porque ella nos abre la puerta para que entremos en su casa, y podamos decir confiadamente, con el profeta David: *Nosotros somos pueblo de Dios y ovejas*

(1) Salmo, 91.

de su rebaño. Sin embargo, son muy pocos los que fijan sus consideraciones en los principios por donde les vino el ser cristianos. Son muy pocos los que remontándose á aquellos siglos oscuros y de tinieblas en que vivian nuestros primeros Españoles antes de la predicacion del Evangelio, lleguen á reconocer la gracia especial de no haberse quedado ciegos como ellos. Son muy pocos los que contemplan los afanes, los trabajos, la muerte violenta que padecieron los padres de nuestra fe, y que con una encendida devocion se les manifiesten agradecidos. Nuestra gratitud se muestra regularmente por bienes mas sensibles; la restauracion de la salud perdida, el aumento de los bienes de fortuna, la consecucion de un puesto brillante, y cosas semejantes á estas, en que se interesa mas nuestro amor propio que nuestra alma, son las que nos llevan mas frecuentemente al pié de los altares á ofrecer nuestros votos y manifestar á Dios nuestro agradecimiento.

Elevemos la consideracion de estas cosas terrenas á las celestiales y divinas. Cuando leemos los hechos y la predicacion de los primeros padres de nuestra fe, reflexionemos que por ellos hemos logrado un beneficio superior á todos los bienes temporales. Éramos hombres, pero hombres condenados á un destierro perpetuo de la patria celestial, hombres constituidos en la masa de perdicion, hombres separados por el pecado del primer hombre de la herencia del cielo; hombres extraviados de aquel fin soberano para que nos destinó nuestro Dios desde el principio, y hombres finalmente mas infelices que las bestias, en cuanto ni podiamos gozar de los privilegios de haber sido criados á imágen y semejanza de Dios, ni de esperar que nuestra alma inmortal viviese eternamente una vida feliz y bienaventurada. ¡Cuánta, pues, debe ser nuestra gratitud y reconocimiento á aquellos va-

rones apostólicos que á costa de inmensos trabajos, sudores, persecuciones y aun de la muerte misma, nos proporcionaron la ventura incomparable de oír el Evangelio, y de ser discipulos de Jesucristo!

El evangelio es del capítulo 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarij sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cepit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluir, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.